POR JAVIER BARRAYCOA

EL FIN DE LA TERCERA GUERRA CARLISTA

Su significación histórica

DISENSO
FUNDACIÓN

El 28 de febrero del presente año, se cumple el 150 aniversario del fin de la Tercera Guerra Carlista (1872-1876). Por muchos motivos no es baladí recordar y reflexionar sobre esta efeméride. Sin lugar a dudas, el carlismo es el movimiento político, social y militar más injustamente olvidado y tergiversado de nuestro siglo XIX. Ante el triunfo y expansión por toda Europa del liberalismo decimonónico, fruto de la Revolución francesa, fue España la que más profunda y prolongada resistencia presentó a este proceso secularizador y anticlerical.

La contrarrevolución se encarnó principalmente bajo el carlismo que, desde 1833, promovió numerosos alzamientos y encarnó tres intensas guerras civiles. La insólita persistencia del carlismo no podía explicarse como fruto de una mera disputa dinástica, sino por representar la tradición viva y encarnada de una España que no quería morir ante la modernidad. De hecho, desde finales del siglo XVIII, en la Guerra de la Convención, y a inicios del siglo XIX, en conflictos como la invasión napoleónica, la guerra realista o la de los desagraviados, encontramos claros precedentes de esta confrontación de cosmovisiones.

Con motivo de la muerte de Fernando VII, se iniciará una larga guerra civil (1833-1840), a la que seguirá una segunda y una tercera. La Tercera Guerra Carlista (1872-1876), tras el auspicio del aspirante al trono de España, D. Carlos VII, se inicia en unos momentos verdaderamente trágicos y donde la insurrección militar resultaba inevitable. El carlismo, tras las sucesivas derrotas militares, siempre procuró constituirse en una organización política que pudiera encontrar su espacio. Entrando en el último tercio del siglo XIX, el contexto era el siguiente.

La revolución de 1868, furibundamente anticlerical, había destronado a Isabel II. Frente a los militares golpistas antiborbónicos, las maniobras del general Prim habían conseguido convencer a regañadientes, a masones y republicanos, de traer a España a un monarca extranjero, D. Amadeo de Saboya, perteneciente a una dinastía antipapal. Las *vendettas* internas acabaron con el asesinato de Prim y la huida del Saboya. El carlismo, que había conseguido ser la tercera fuerza política más votada, ante las leyes anticlericales y los constantes fraudes electorales, optó por la vía insurreccional en abril de 1872. El alzamiento carlista, cobró especial fuerza cuando en febrero de 1873 se proclamó la Primera República. Este régimen se podría traducir como un periodo convulso incapaz de la más mínima estabilidad política y social.

Las constantes crisis gubernamentales, las rebeliones cantonales, la descomposición, en fin, de España, llevó a que se provocara un golpe de Estado, el del general Pavía en 1874. El objetivo era salvar una república en descomposición, pero todo fue inútil. El general Francisco Serrano acabaría derivando todo el proceso hacia la restauración de la anteriormente repudiada dinastía liberal en la persona del infante Alfonso de Borbón. Ello se consumó con el golpe de Estado de Martínez-Campos en Sagunto. El proceso revolucionario había entrado así en un proceso de moderación que le permitió ganarse a una parte de la opinión pública e iniciar el fin de la guerra carlista. Sería el mismo Martínez-Campos el que, reuniendo más de 120 000 hombres, pudo cercar y neutralizar el ejército de voluntarios carlistas del norte. El número de combatientes nos ofrece una visión de la fuerza del carlismo que en frentes como el del Norte reunía decenas de miles de voluntarios, así como en los frentes de Aragón, Cataluña o Valencia.

La guerra había comenzado en el bando carlista con una sonora derrota en Oroquieta. El propio pretendiente había tenido que cruzar la frontera para no ser capturado. Mientras que se intentaba organizar un ejército de voluntarios, las partidas iban surgiendo por doquier. Famosa fue, entre todas, la del legendario cura Santa Cruz. En Cataluña los Castells y los Tristany esbozaron un primer cuerpo de ejército que acabaría encabezando D. Alfonso Carlos, hermano de Carlos VII. En el siempre carlista Maestrazgo, Pascual Cucala agrupaba más de 3000 hombres organizados en partidas. Poco a Poco, el Ejército del Norte se fortalecía, y el general Pavía fue derrotado en Eraul. Don Carlos VII pudo instaurar su corte en la población navarra de Estella. Desde ahí se organizó un microestado carlista, con sus ministros, moneda propia, códigos legislativos, aduanas y correos. Incluso en la población de Oñate se estableció una universidad. Pero todo se torció, como hemos dicho en 1874. La autoliquidación de la República, por los mismos generales que la habían impulsado, permitió la concentración de fuerzas y energías en el conflicto carlista.

En ese año el Ejército carlista había conseguido notables victorias como la toma de Portugalete, la batalla de Somorrostro y los sitios de Vitoria, San Sebastián o Pamplona, pero las tornas empezaron a cambiar. El Ejército liberal realizó potentes ofensivas que acabarían hundiendo todos los frentes. La derrota acabó imponiéndose. Carlos VII, el 28 de febrero de 1876, al cruzar la frontera hacia Francia por el puente de Arnegui tras la derrota, pronunció su famoso «¡Volveré!». Esta expresión la recordaría en su testamento político: «Volveré, os dije en Valcarlos, aquel amargo día, memorable entre los más memorables de mi vida. Y aquella promesa, brotada de lo más hondo de mi ser, con fe, convicción y entusiasmo inquebrantable, sigo esperando firmemente que ha de cumplirse. (...) Si España es sanable, a ella volveré, aunque haya muerto. Volveré con mis principios, únicos, que pueden devolverle su grandeza; volveré con mi bandera, que no rendí jamás y que he tenido el honor y la dicha de conservaros sin una sola mancha, negándome a toda componenda para que podáis tremolarla muy alta». Ciertamente, Don Carlos no pudo regresar, pero sus seguidores aún permanecían y el sueño por el retorno de la España tradicional se siguió transmitiendo de generación en generación. Prueba de ello es la inmensa organización de círculos, organizaciones y, sobre todo, prensa carlista que se desarrolló tras la guerra.

El carlismo, ese 28 de febrero, acababa con una etapa insurreccional que había durado casi medio siglo. En el nuevo régimen de la Restauración borbónica, consagrado con la Constitución de 1876, el carlismo, al igual que los republicanos, quedó marginado, pero ni mucho menos muerto. La larga travesía del desierto, que iba imponer el régimen del turnismo caciquil y corrupto, no estuvo exenta de graves crisis como la escisión integrista de 1888, los posicionamientos ante la crisis del ultramar, las grandes maquinaciones para que el carlismo no pudiera acceder a espacios de poder, los intentos por arrastrar al carlismo (a través de proyectos como la Unión Católica de Pidal) para aceptar el «malminorismo» del nuevo régimen, incluso nuevas tentaciones insurreccionistas como la *octubrada* de 1900. El carlismo, y el propio D. Carlos VII, tuvo iniciales esperanzas en volver a retomar el pulso y la iniciativa política en una restauración de la monarquía tradicional, especialmente ante el temprano fallecimiento de Alfonso XII (1885). Pero todos los avatares relatados, las tensiones, las escisiones, las maquinaciones y, especialmente, el posicionamiento de buena parte del episcopado en favor de la dinastía liberal llevaría a que el carlismo pareciera destinado a desaparecer.

El Régimen de 1876 fue extremadamente largo a la vez que agónico. La regencia de María Cristina, el turnismo caciquil enquistado e inoperante, la mayoría de edad de Alfonso XIII, la corrupción del régimen, los incipientes movimientos nacionalistas y las convulsiones sociales de un primer obrerismo, llevarían al Directorio de Primo de Rivera. Este fue el último intento de sostener un régimen que ya sólo funcionaba por inercia. Tras el directorio, la llegada de la República fue inevitable pues el régimen ya estaba simplemente agotado. Fue en ese momento cuando el carlismo pareció resucitar ante la gravedad de los tiempos.

La República, debido a su espíritu anticlerical y revolucionario, a la que se unieron las convulsiones internas, estaba abocada a la confrontación civil. Sería en el alzamiento cívico-militar de 1936 cuando el carlismo sorprendería por su vitalidad y participación. Ese: «Volveré con mi bandera, que no rendí jamás» de D. Carlos VII, parecía cumplirse contra todo pronóstico. En las retaguardias de la España nacional en el frente del Norte, todavía unos recios veteranos de la Tercera Guerra Carlista se encargaron de mantener el orden en poblaciones como San Sebastián. Esa España que no quiso morir con el triunfo del liberalismo decimonónico, aún estaba viva y ofreciendo lo mejor de sí en los nuevos campos de batalla.